

# NICOLÁS MAQUIAVELO

2



*Ariel*

## EL PRÍNCIPE

Edición de Emilio Blanco

# Nicolás Maquiavelo

## El Príncipe

Incluye los textos:

*Sobre la ambición, la fortuna,  
la ocasión y la ingratitud*

Traducción y prólogo de  
Emilio Blanco

Primera edición: marzo de 2013  
Primera edición en esta presentación: junio de 2023

© 2013, Emilio Blanco, traducción y prólogo

Derechos exclusivos de edición en español:  
© Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.  
[www.ariel.es](http://www.ariel.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-344-3641-1  
Depósito legal: B. 9.948-2023

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.



## ÍNDICE

<i>Maquiavelo y El Príncipe</i> . . . . .	7
<i>Los Capitoli</i> . . . . .	15
<i>Esta traducción</i> . . . . .	17
<i>Bibliografía sumaria</i> . . . . .	23

### EL PRÍNCIPE

Dedicatoria . . . . .	27
I. De cuáles son las clases de principados y de qué modo se adquieren . . . . .	29
II. Acerca de los principados hereditarios . . . . .	31
III. Acerca de los principados mixtos . . . . .	33
IV. Por qué el reino de Darío, que fue ocupado por Alejandro, no se rebeló contra sus sucesores tras la muerte de Alejandro . . . . .	43
V. De qué modo se deben gobernar las ciudades o los principados que tenían sus propias leyes antes de ser ocupadas . . . . .	47
VI. Acerca de los principados nuevos que se consiguen con las armas propias y con virtud. . . . .	49
VII. De los principados nuevos que se adquieren con la fortuna y las armas ajenas . . . . .	55
VIII. De aquellos que llegaron al principado mediante los crímenes. . . . .	63
IX. Del principado civil. . . . .	69
X. Cómo hay que medir las fuerzas de todos los principados . . . . .	73

XI. De los principados eclesiásticos . . . . .	77
XII. De cuántas son las clases de la milicia, y acerca de los soldados mercenarios. . . . .	81
XIII. De las tropas auxiliares, mixtas y propias . . . .	87
XIV. Qué conviene hacer al príncipe en relación con la milicia . . . . .	93
XV. Acerca de las cosas por las que son alabados o vituperados los hombres, y especialmente los príncipes . . . . .	97
XVI. Acerca de la generosidad y de la parsimonia . .	99
XVII. Acerca de la crueldad y de la piedad; y de si es mejor ser amado que ser temido, o al contrario	103
XVIII. De qué manera deben los príncipes mantener la palabra dada . . . . .	107
XIX. De la forma de escapar del desprecio y del odio	111
XX. Si las fortalezas y otras muchas cosas que hacen a diario los príncipes son útiles o no . . . . .	123
XXI. De lo que conviene al príncipe para ser estimado . . . . .	129
XXII. De los secretarios de los príncipes. . . . .	135
XXIII. De qué forma hay que huir de los aduladores	137
XXIV. Por qué los príncipes de Italia han perdido sus estados . . . . .	141
XXV. De lo que puede la fortuna en las cosas humanas y de qué manera hay que enfrentarse a ella	143
XXVI. Exhortación a acometer la defensa de Italia y a liberarla de los bárbaros . . . . .	147

## CAPITOLI

De la fortuna . . . . .	155
De la ingratitud. . . . .	165
De la ambición . . . . .	173
De la ocasión. . . . .	181
<i>Índice de personajes citados o aludidos . . . . .</i>	<i>183</i>

DE CUÁLES SON LAS CLASES  
DE PRINCIPADOS Y DE QUÉ MODO  
SE ADQUIEREN<sup>2</sup>

Todos los estados, todos los dominios en que han mandado o mandan los hombres, han sido y son o repúblicas o principados. Los principados son, o hereditarios, en los que el linaje del príncipe se ha mantenido durante largo tiempo, o nuevos. Los nuevos, o son totalmente nuevos, como lo fue Milán para Francesco Sforza, o son como miembros ayuntados al estado hereditario del príncipe que los conquista, como es el reino de Nápoles para el rey de España. Estos dominios así adquiridos, o se acostumbran a vivir bajo un príncipe, o están acostumbrados a ser libres; y se ganan con las armas ajenas o con las propias, o por fortuna o por virtud.

2. Quot sint genera principatum et quibus modis acquirantur.

## ACERCA DE LOS PRINCIPADOS HEREDITARIOS<sup>3</sup>

Omitiré tratar de las repúblicas, porque ya traté largamente de ellas en otro lugar. Me ocuparé solo del principado, e iré retejiendo los hilos que acabo de escribir, y expondré cómo se pueden gobernar y mantener estos principados.

Digo, pues, que en los estados hereditarios y acostumbrados al linaje de su príncipe hay bastantes menos dificultades para mantenerlos que en los nuevos, porque basta únicamente con no alterar el orden de los antepasados y después gobernar según las circunstancias; de tal forma que si ese príncipe tiene un talento mediano, siempre se mantendrá en su gobierno, si no interviene una extraordinaria y excesiva fuerza que lo prive de él; incluso privado del poder, lo recuperará tan pronto el usurpador encuentre una dificultad.

Nosotros tenemos en Italia, entre los ejemplos de ello, al duque de Ferrara, que ha resistido los asaltos de los venecianos en 1484 y los del papa Julio II en 1510, tan solo por ser un príncipe antiguo en ese dominio. Porque el príncipe natural tiene menos razones y menor

3. De principatibus hereditariis.

necesidad de ofender, de donde se sigue que sea más amado; y si no se hace odiar por vicios extraordinarios, es razonablemente amado por los suyos. Y en la antigüedad y continuación del mando se debilitan las memorias y las causas de las innovaciones, porque siempre un cambio pone el estribo para el siguiente.



ACERCA DE LOS PRINCIPADOS MIXTOS<sup>4</sup>

Pero las dificultades se hallan en el principado nuevo. Y en primer lugar si no es del todo nuevo, sino como un miembro agregado, de forma que se puede llamar todo junto casi mixto. Los cambios nacen de una dificultad natural que hay en todos los principados nuevos: y es que los hombres cambian voluntariamente de señor porque esperan mejoras, y esta creencia les hace levantarse en armas contra aquel. Y en esto se engañan, porque ven después por experiencia que han empeorado. Lo que depende de otra necesidad natural y ordinaria, que hace que siempre haga falta atacar a los nuevos súbditos con ejércitos y con otros daños innumerables que trae consigo la nueva conquista; de forma que todos aquellos que has ofendido al ocupar aquel principado se convierten en tus enemigos, y no puedes conservar como amigos a aquellos que te han puesto allí, por no poder satisfacerlos de la forma que esperaban y por no poder usar contra ellos remedios fuertes, al estar obligado a ellos; porque siempre, aunque uno tenga un potentísimo ejército, necesita el favor de los habitantes para entrar en un territorio. Por estas razones Luis XII,

4. De principatibus mixtis.

rey de Francia, ocupó rápidamente Milán y rápidamente lo perdió, y se lo pudo arrebatarse en el primer intento el ejército de Ludovico, porque aquellas gentes que le habían abierto las puertas, viéndose engañadas en su opinión y en aquel bien futuro que esperaban, no pudieron soportar las molestias del nuevo príncipe.

Bien es verdad que las regiones rebeladas, conquistándose después por segunda vez, se pierden más difícilmente, porque el señor, habida cuenta de la rebelión, es menos cauto en asegurarse en el poder, castigando a los delincuentes, descubriendo a los sospechosos, reforzando las partes más débiles. De forma que, si para que Francia perdiera Milán bastó la primera vez con un duque Ludovico que alborotase en sus fronteras, para que lo perdiese la segunda vez hizo falta que todo el mundo se le pusiese en contra, y que sus ejércitos fuesen aniquilados o expulsados de Italia; lo que nació de las razones dichas más arriba. No obstante, tanto la primera como la segunda vez se le quitó. Las razones universales de la primera ya se han discutido; queda ahora decir las de la segunda y ver qué remedios tuvo él, y cuáles puede tener uno que esté en su situación para poder mantenerse mejor en lo conquistado de lo que lo hizo Francia.

Digo por tanto que estos estados, que al conquistarlos se suman a un estado más antiguo del que conquista, o son de la misma región y de la misma lengua, o no lo son. Cuando lo son, mantenerlos es cosa fácil, sobre todo si no están acostumbrados a vivir de forma independiente; y para poseerlos con seguridad basta haber extinguido la descendencia del príncipe que los dominaba, ya que manteniéndoles en el resto de las cosas las viejas condiciones y no habiendo disconformidad en las costumbres, los hombres viven tranquilamente, como se

ha comprobado que han hecho Borgoña, Bretaña, Gasconia y Normandía, que han estado desde hace tiempo unidas a Francia; y aunque haya algunas diferencias de tipo lingüístico, las costumbres son por el contrario similares y se pueden soportar fácilmente. Y el que conquista estos estados, queriéndolos conservar, debe tener dos consideraciones: una, que el linaje del príncipe antiguo se extinga; otra, no cambiar ni sus leyes ni sus impuestos, de tal forma que en un tiempo cortísimo haga con su principado antiguo un único cuerpo.

Pero cuando se conquistan estados en una región con diferente lengua, costumbres e instituciones, aquí sí hay dificultades y aquí hace falta tener gran fortuna y gran industria para mantenerlos. Y uno de los mayores remedios y más eficaces sería que la persona que conquista fuese allí a vivir. Esto haría más segura y más duradera aquella posesión, como ha hecho el Turco en Grecia, quien, con todos los otros modos observados por él para mantener aquel estado, no hubiese logrado conservarlo si no hubiese ido a habitar allí; porque habitando la región se ven nacer los desórdenes y se pueden remediar con rapidez; no estando, se tiene conocimiento de ellos cuando han crecido y ya no tienen remedio. De no habitar allí, la región será expoliada por tus oficiales. Los súbditos se satisfacen del recurso a un príncipe cercano, de donde tienen más motivos para amarlo, si quieren ser buenos, o de temerlo, si quisieren comportarse de otro modo. Los extranjeros que quisiesen asaltar aquel estado le tendrán más respeto. En definitiva, que, habitándolo, será muy difícil que lo pierda.

El otro gran remedio es establecer colonias en uno o dos sitios, que sean casi grilletes de aquel estado, porque es necesario o bien hacer esto, o bien tener bastante tropa de infantería y caballería. En las colonias no se

gasta mucho, y sin gastos, o con muy pocos, el que conquista las envía y las mantiene, y ofende solo a aquellos a quienes desposee de las casas y de los campos para dárselos a los nuevos habitantes, que son una parte minúscula de aquel estado; y aquellos a los que ofende, al permanecer desperdigados y pobres, no le pueden hacer más daño; y los otros todos quedan por una parte sin haber recibido ofensa —y a causa de ello deberían estar tranquilos—, y por otra tienen miedo de equivocarse, recelando que les pueda suceder a ellos lo mismo que a los que han sido expoliados. Concluyo que estas colonias no cuestan, son más fieles, atacan menos, y los atacados no pueden hacer daño, al quedar pobres y separados, como se ha dicho. Por lo cual conviene señalar que hay que tratar a los hombres o bien mimosamente, o bien aniquilarlos, porque se vengan de las ofensas pequeñas, ya que de las grandes no pueden. La ofensa que se hace al hombre debe ser tal que no puedas temer la venganza. Si tienes, en vez de las colonias citadas, gente de armas, gastas bastante más, teniendo que mantener guardia en todas las fronteras de aquel estado, de modo que lo ganado se convierte en pérdida; y ofendes mucho más, porque dañas a todo aquel estado aposentando tu ejército en los alojamientos; y de esa molestia todos se quejan y algunos se tornarán enemigos, y son enemigos que te pueden hacer daño, al permanecer humillados en su casa. En todos los sentidos esta defensa armada es inútil, al contrario que la de las colonias es útil.

También debe, el que está en una región diferente, como se ha dicho, hacerse el jefe y defender a los vecinos más débiles, y a la vez arreglárselas para debilitar a los poderosos de aquel lugar, y procurar que por ninguna causa entre un extranjero con tanto poder como él. Este intervendrá siempre que sea reclamado por aque-

llos que en la región estén descontentos, ya por demasiada ambición, ya por miedo; como sucedió con los etolios, que llamaron a los romanos a Grecia, y en todos los otros territorios en los que entraron fueron ayudados por los habitantes locales. Y la secuencia de los acontecimientos es que, tan pronto como un extranjero poderoso entra en una región, todos aquellos menos poderosos que habitan en ella se le adosan, azuzados por la envidia que albergan contra quien ha tenido el poder antes que ellos; tanto que, con respecto a estos jefecillos menos poderosos, no debe tener inconveniente alguno en ganárselos, porque todos hacen rápidamente y con agrado una piña con el estado que acaba de conquistar. Solamente debe tener en cuenta que no cojan demasiada fuerza y demasiada autoridad, y que fácilmente pueda debilitar con sus tropas y con su favor a aquellos que son poderosos, para seguir siendo el dueño de aquella región. Y quien no gobierne bien esta región, perderá rápidamente aquello que haya conquistado y, mientras lo conserve, tendrá infinitas dificultades y molestias domésticas.

Los romanos, en las provincias que sometieron, mantuvieron bien estas reglas: establecieron colonias, tuvieron buenas relaciones con los menos poderosos sin permitirles acrecentar su poder, humillaron a los más poderosos y no dejaron coger prestigio a los poderosos foráneos. Y quiero que la región de Grecia baste como ejemplo único: tuvieron buenas relaciones con los aqueos y los etolios, dominaron el reino de Macedonia, Antíoco fue apresado; y jamás permitieron a los aqueos o a los etolios fundar un estado a pesar de sus méritos, ni la retórica de Filipo les indujo nunca a ser amigos sin humillarlo, ni el poder de Antíoco les hizo consentir que tuviese allí ningún estado. Porque los romanos hi-

cieron en estos casos lo que deben hacer todos los príncipes sabios, que no solo miran a las alteraciones del presente, sino que también han de prever las futuras y evitarlas después con todos los medios; porque, anticipándose a los males lejanos, se remedian fácilmente, pero si esperas que se te echen encima, la medicina llega tarde porque la enfermedad es incurable. Y pasa con esto lo mismo que dicen los médicos del tuberculoso, que al principio su mal es difícil de diagnosticar, pero fácil de curar; pero que con el paso del tiempo, no habiendo conocido la enfermedad y no habiéndole administrado medicinas, es fácil de diagnosticar pero difícil de curar. Así pasa con los asuntos de gobierno, porque conociendo con antelación los males que nacen en aquel (lo que no es dado sino a uno prudente) se arreglan presto; pero cuando, por no haberlos conocido, se dejan crecer de forma que todos los conocen, no hay remedio posible.

Sin embargo, los romanos, viendo de lejos las dificultades, las remediaron siempre, y no las dejaron continuar para evitar una guerra, porque sabían que la guerra no se evita, sino que se difiere con ventaja para los otros. Por ello quisieron tener contienda con Filipo y Antíoco en Grecia, para no tener que hacerla con ellos en Italia; y pudieron entonces evitar ambas, pero no quisieron. No les agradó aquello que está hoy en boca de todos nuestros sabios, lo de gozar de las ventajas del tiempo, pero sí les gustó aquello de su virtud y de su prudencia, porque el tiempo lo atrapa todo rápidamente, y puede concluir en bien y en mal, o en mal y en bien.

Pero volvamos a Francia y reflexionemos sobre si ha hecho algunas de las cosas dichas; y hablaré de Luis, y no de Carlos, como de aquel que, por haber tenido durante más tiempo posesiones en Italia, se han visto me-

jor sus progresos; y veréis cómo él ha hecho lo contrario de las cosas que se deben hacer para mantener un Estado en una provincia diferente. El rey Luis llegó a Italia por la ambición de los venecianos, que quisieron ganarse la mitad del estado de Lombardía con aquella venida. Yo no quiero culpabilizar al rey por tomar esta decisión, porque queriendo introducir un pie en Italia y no teniendo amigos en esta región, al estarle también cerradas todas las puertas por el comportamiento del rey Carlos, tuvo que hacer las alianzas que pudo; y la elección le habría salido bien, si en los otros manejos no hubiese cometido algunos errores. Después de conquistada Lombardía, el rey recuperó rápidamente la reputación que le había quitado el rey Carlos; Génova cedió; los florentinos se tornaron amigos, el marqués de Mantua, el duque de Ferrara, los Bentivoglio, la señora de Forlì, el señor de Faenza, de Rímìni, de Pesaro, de Camerino, de Piombino, los de Lucca, los de Pisa, los de Siena: todos le salieron al encuentro para hacerse sus amigos. Y entonces pudieron considerar los venecianos la temeridad de su elección, los cuales, para ganar dos ciudades de Lombardía, hicieron al rey dueño de dos tercios de Italia.

Considérese ahora con qué poca dificultad podía el rey mantener su reputación en Italia, si hubiese observado las normas escritas más arriba, y hubiese asegurado y defendido a todos aquellos amigos suyos, los cuales, por ser muchos y débiles, y miedosos unos de la Iglesia y otros de los venecianos, siempre necesitaron estar con él; y por medio de ellos se podía asegurar de quien era poderoso allí. Pero tan pronto él fue a Milán hizo lo contrario, ayudando al papa Alejandro para que ocupase la Romana, y no se dio cuenta de que, con esta decisión, se debilitaba, perdiendo los amigos y aquellos que

se habían recogido en su regazo, y a la vez engrandecía a la Iglesia, añadiendo poder temporal al imperio espiritual que le da tanta autoridad. Y cometido el primer error, fue obligado a continuar, en tanto en cuanto para ponerle término a la ambición del papa Alejandro y para que no se enseñorease de la Toscana, se vio obligado a venir a Italia.

No le bastó con haber engrandecido a la Iglesia y haberse privado de los amigos, sino que, por desear el reino de Nápoles, se lo dividió con el rey de España; y donde primero fue dueño único de Italia, metió después un compañero, permitiendo así que los ambiciosos de aquel lugar y los descontentos de su mando tuviesen a quién recurrir; y donde pudo dejar un rey sustituto tributario suyo, lo quitó para meter otro que pudiese echarle a él. Es algo de verdad muy natural y ordinario el deseo de conquista, y siempre que lo hacen los hombres que pueden serán alabados o no censurados; pero cuando no pueden y quieren hacerlo de cualquier modo, este es el error y la censura. Si Francia pudo, pues, atacar Nápoles con sus ejércitos, debió hacerlo; y si no podía, no debió dividirlo; y si la partición hecha de Lombardía con los venecianos admitía excusa, por haber metido el pie en Italia con ella, esta merece repulsa por no tener la excusa de aquella necesidad.

Había cometido Luis, pues, estos cinco errores: exterminó a los menos poderosos; aumentó el poder en Italia a uno de los ya poderosos; metió en ella a un extranjero poderosísimo; no vino a habitarla; no estableció colonias. Estos errores, si todavía hubiese vivido allí, podrían no haberle causado daño, si no hubiese cometido el sexto: quitar el estado a los venecianos. Porque incluso si no hubiese engrandecido el poder de la Iglesia y no hubiese introducido a España en Italia, era cosa



necesaria y razonable humillar a los venecianos; pero habiendo optado por aquellas primeras elecciones, no debió consentir nunca su ruina; porque, siendo aquellos poderosos, siempre habrían tenido a los otros lejos de la empresa de Lombardía, bien porque los venecianos no lo habrían consentido sin hacerse señores de ella, bien porque los otros no habrían querido quitársela a Francia para dársela a ellos; y no habrían tenido fuerzas para afrontar las dos empresas.

Y si alguno dijese: el rey Luis cedió a Alejandro la Romaña y a España el reino de Nápoles para evitar una guerra, respondo con los argumentos recogidos atrás: que no se debe nunca permitir la continuación de un desorden para sortear una guerra, porque entonces no se evita, sino que se aplaza con perjuicio para ti. Y si cualesquiera otros alegasen la promesa que el rey había hecho al papa, de hacer para él aquella empresa por la anulación de su matrimonio y el capelo de Ruán, respondo con lo que diré más tarde sobre las promesas de los príncipes y cómo se deben guardar.

El rey Luis, en suma, ha perdido Lombardía por no haber tenido en cuenta ninguna de las reglas observadas por otros que han tomado regiones y las han querido conservar. Esto no es ningún milagro, sino algo muy ordinario y razonable. Y de estos asuntos traté en Nantes con el cardenal de Ruán, cuando el Valentino (que así llamaban popularmente a César Borgia, hijo del papa Alejandro) ocupaba la Romaña; porque, al decirme el cardenal de Ruán que los italianos no dominaban la guerra, yo le respondí que los franceses no dominaban los asuntos de estado, porque si ellos lo hubiesen hecho así, no habrían dejado crecer tanto el poder de la Iglesia. Y por experiencia se ha visto en Italia que la potencia de la Iglesia, y la de España, la ha causado Francia, y de

la ruina de Italia son responsables las otras dos. De aquí se extrae una regla general, que nunca o casi nunca falla: que quien da alas a otro para ser poderoso, se labra su ruina, porque aquel poder es causado por aquel o con industria o con fuerza, y tanto una como otra se hacen sospechosas a quien llega a ser poderoso.